

LA GRANJA DE LAS GOLONDRINAS

En el nido de golondrinas la emoción era grande.

La noche empezaba á descender desde lo alto de las montañas envuelta en indecisas tinieblas; el sol, oculto ya, no dejaba ver más que algunos reflejos rosáceos que pasaban á través del aborregado de las nubes, orlándolas con franjas de púrpura y oro, mientras que en el extremo opuesto del cielo empezaba á levantarse la luna pálida y triste.

Ya no cantaban los pájaros, solamente los gorriones piaban en los árboles, y se disputaban, armando grande algarabía, la rama mejor para acurrucarse y dormir. Ya empezaban los murciélagos á salir de sus escondrijos, y con sus brascas sacudidas revoloteaban silenciosos á través de los huertos.

¡Y la golondrina madre aún no había vuelto!.....

Los golondrinillos, formando un pelotón en el fondo del nido, se extrañaban, pero sin ansiedad, ni temor, ¡eran tan pequeñuelos!..... y á esa edad no se sabe ni aun se concibe qué cosa es desgracia. El mayorcito sí empezaba á sentir cierta angustia en su corazón, presa de una inquietud de que no se sabía dar cuenta y que le hacía sufrir.

Pero el padre..... ¡qué negros presentimientos sombreaban su alma! ¡Cómo palpitaba su corazón!..... Se había puesto encima de sus polluelos procurando cubrirlos él solo con sus alas; manifestábales en su exterior mucho ánimo, pero interiormente se sentía desfallecer..... A cada instante asomaba su cabecita negra al borde del nido, y sus ojos sondeaban toda la extensión del cielo y del valle y de las colinas; y escuchaba y contenía su respiración.... ¡Nada, ni un solo aleteo, ni un solo acento de garganta conocida! Los gorriones sí piaban, los murciélagos revoloteaban, pero no se veía por ninguna parte una sola golondrina.

—¿En dónde está madre?, preguntó tembloroso el golondrino mayor.

—No sé, respondió el padre, procurando serenar su voz para no alarmar á sus pequeñuelos, pero no es tan tarde como pensáis. Por eso, escuchad, estaos quietecitos, ¿eh?, sobre todo cuidado con salir del nido, que yo voy á volar á su encuentro.

Salió en efecto, colocó algunas plumas en la entrada para abrigo de los fresquecillos que empezaba ya, y echó á volar.

Dio grandes vueltas y revueltas por el espacio, lanzando penetrantes clamores para llamar á la extraviada, pasó por delante de las Granjas y las Villas y casas de campo escalonadas en las faldas de la colina; tres veces recorrió el mismo camino, clamando siempre con acento cada vez más afligido.

¡Nada!

Y la angustia desgarradora se apoderaba de su corazón: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué habrá sido de ella?

La noche se puso cada vez más oscura y más fría, y la luna cada vez más pálida y más triste..... En las ventanas de los caseríos empezaban á brillar algunas luces..... fue menester volver solo al nido.

—¿Y madre?, clamaron los pequeñuelos.

—Vuestra madre se habrá detenido en cualquier nido próximo, quizás en el nido del año pasado..... ¡Pero no temáis, hijos míos, dormid tranquilos, mañana volveréis á ver á la madre!

Reinó profundo silencio en el nido..... El padre contenía sus sollozos, y los pequeños, con la cabecita bajo el ala, probaron á dormir.

Los gorriones ya no volvieron á chirriar, los murciélagos, cada vez más numerosos, continuaron revoloteando.... Era enteramente de noche.

¡Pobrecilla! También ella había visto bien que el sol se ocultaba detrás de las montañas y que ya era hora de volver al nido; y por eso iba tan alegre trazando en el azul

espacio grandes círculos negros, y esas elegantes y atrevidas curvas que saben hacer tan primorosamente las golondrinas.

De pronto, al pasar rozando cerca de una casa de campo ó *Villa*, llamada de *Quitapesares*, que con sus ladrillos rojos descollaba entre los árboles como una roca encendida en un verde vallado, nuestra golondrina madre divisó un moscardoncillo tan apetitoso, tan gordito, que acordándose de sus hijitos, intentó darle caza. El moscardoncillo huía á lo largo del muro, la golondrina le perseguía, cuando hé aquí que le ve desaparecer por la negra abertura de una ventana á medio cerrar; entonces se precipitó ciega sobre su presa, entrando tras ella en la habitación, lo cogió, y queriendo volver á salir triunfante y elevándose demasiado, vino á darse un duro topetazo contra el cristal de otra ventana de enfrente que no estaba abierta, y á través de cuyos vidrios le pareció á la pobrecilla que podría pasar, puesto que veía allá á lo lejos el jardín, los árboles y la llanura.

Ella no conocía nuestros engañosos cristales.

Enteramente aturdida por el choque, largo rato voló rozando con sus alas la techumbre y las tapicerías, volviendo sin cesar y encontrando siempre allí aquel muro de cristal que la tenía prisionera; después, sintiéndose cada vez más falta de fuerzas, se asió al borde de una cornisa, y valiéndose de su pico y de sus patitas, acabó por encontrar apoyo en el ángulo de una moldura, en donde pudo, con las alas colgando, reposar un poco en su angustiosa situación.

Allí estaba la pobre, jadeante, con el pico entreabierto, mirando con espanto todo lo que la rodeaba; los cuadros colgados de los muros, el gran espejo, los jarrones de la chimenea, la mesa preparada para la cena; todos los muebles que le eran del todo desconocidos, tomaban á sus ojos extrañas y fantásticas formas que acrecentaban el espanto en su alma..... ¿En dónde estaba la infeliz prisionera?

Escuchaba en la habitación contigua hablar y cantar; eran voces de niños y de hombres, y dominándolas todas

con un estruendo que la aturdía, llegaban hasta sus oídos un rodar de notas vibrantes, sonoras y profundas, un conjunto musical ensordecedor que otras veces había oído de lejos al pasar junto á las casas en que había aficionados al piano, pero que ahora tan cerca le causaba un misterioso terror.

Palpitaba su corazón de tal modo, que parecía que iba á romperse el pecho. Pensaba la pobrecilla que allá lejos, en el nido, la estarían aguardando; que su marido, que sus hijos se consumirían con mortal inquietud; que las noches iban siendo cada vez más frías, y que el padre allí solo no bastaría á cubrir y abrigar toda la nidada; ¡qué mala noche iban á pasar los pobrecillos!....

Volvió de nuevo la golondrina á intentar salir á través del cristal, ¡pero imposible! Siempre tropezaba con el mismo misterioso obstáculo, sin ocurrírsele á la desdichada dirigirse á la ventana opuesta que estaba á medio abrir.

Dio vueltas y más vueltas buscando la salida..... hasta que cansada de nuevo, volvió á posarse en el ángulo de la cornisa ó escocia de la habitación.

¡ Ah! ¿ La volverían á ver sus queridos hijuelos?

¿ Iba ella acaso á morir en aquella prisión, en aquella morada de hombres?

¡ Oh, los hombres son tan malos! El año pasado los niños habían destruído á pedradas su primer nido y habían roto sus huevecillos, sus lindos huevecillos!.... ¡ Se apiadarían ahora de una pobre madre!

Morir..... ¡ Oh! morir poco le importaba, pero ¿ qué sería de sus hijos?

¡ Les hacía aún tanta falta la madre! Y luégo llegaría la hora de emigrar, de partir á través de la inmensidad de los mares y..... ¿quién los guiaría? ¿Quién sostendría su vuelo? Y allá en aquel país desconocido, ¿quién les serviría de amparo? ¡Oh, pobrecitos huerfanillos!

¡ Y este pensamiento oprimía su corazón!

Súbitamente un grito hiere sus oídos, un grito penetrante, angustioso. ¡ Ella conocía aquella voz!.... Aplica el

oído.... ¡Ah! es él, él, su compañero, él que la busca, él que la llama; le ve pasar en la indecisa luz del crepúsculo, y, desesperada, armándose de toda su energía con un supremo esfuerzo, se lanza contra los vidrios..... ¡ Ah, el choque fue terrible! Una nube de fuego y de sangre cegó la vista de la golondrina; todo dio vueltas en su derredor, y cerrando los ojos, vino á caer inanimada sobre el mármol del pavimento. Sus alas temblaban, sus patitas se agitaban con movimientos convulsivos..... Había llegado su hora.

Ella permaneció así largo rato sin ver nada, sin oír nada.... Después experimentó de pronto una indecible sensación que la estremeció de pies á cabeza..... le parecía que la levantaban y la llevaban..... Abre los ojos: estaba en la mano de un hombre que la acariciaba dulcemente, y mirándola, se sonreía.

Nada más delicioso en Septiembre, cuando llega el otoño enrojeciendo las frutas en los vergeles y dando á las hojas variedad de tintes pajizos, anaranjados y violáceos, cuando se aleja el estío con sus calores enervantes, y las frescas y embalsamadas brisas se deslizan por entre los tilos; nada más delicioso que esas horas inciertas que no son el día ni tampoco la noche, y los objetos se nos ofrecen envueltos en una penumbra misteriosa como entre nubes de incienso, y los murmullos de la tierra empiezan á extinguirse paulatinamente, dejando su puesto al apacible y grandioso silencio de los campos.....

Diríase que los horizontes se ensanchan, se dilatan, huyen siempre más allá y conducen al alma humana delante de la inmensidad de los espacios en que desarrolla sus espléndidas obras la naturaleza.

Es la hora de los ensueños..... la hora en que los ojos se dirigen al cielo en busca de las estrellas nacientes, y al cielo se vuelve también el corazón para bendecirle por las dichas que ha saboreado sobre la tierra.

Pero esas horas son fugaces, demasiado fugaces.

Habíamos entrado ya al salón obligados por la oscuridad de la noche que se nos venía encima, y allí, un poco

esparcidos, continuábamos gustando de los dulces placeres de aquel día. Cantábanse los conocidos aires populares, sencillos y melódicos, que por llevar el sello patrio, suelen ser siempre los preferidos, á pesar del voluble convencionalismo del gusto y de la moda, y además porque al ir pasando sus queridas notas parece que desfilan delante de nuestra imaginación interminables series de recuerdos. Margarita, la mayor de la casa, con la dulce y grave expresión de rostro que tan bien sienta cuando ya se ha hecho la primera comunión, estaba de pie junto al piano volviendo las hojas.

José, en un sillón cerca de la chimenea, adormecía en sus rodillas á un perrillo faldero de negras lanas que le mordisqueaba los dedos con sus finos dientes blancos.

Más lejos Luisa y Belina, echadas sobre un canapé, jugaban con sus dos grandes muñecas, la señorita Lili y la señorita Lalá. En medio de ellas, la madre sonreía á sus rubios hijos, pero con sonrisa triste y melancólica.

A veces sus ojos soñadores se fijaban en el vacío..... como si allí delante de ella flotara una imagen querida, y entonces los ojos se le llenaban de lágrimas, que procuraba contener en sus párpados y volvían á caer sobre su corazón.

Pues bien, estando nosotros cantando, hé aquí que la puerta se abre bruscamente y cortando la frase musical: ¡Mirad! ¡Mirad!, exclamó el padre extendiendo su brazo.

Todos los pequeñuelos de rubias cabezas acudieron presurosos..... ¡Oh, una golondrina!..... Y formaron un círculo encantador en torno del padre..... Todos los corazoncitos palpitaban, todos los ojuelos estaban fijos en su mano.....

Por entre sus dedos asomaba la atemorizada cabecita del pobre pajarillo..... También la golondrina miraba á los niños, deslumbrada por la luz rojiza de las lámparas, y palpitaba llena de incertidumbre y de angustia.

—¡Oh, qué preciosa cabecita negra y qué hermosos ojos! dijo Margarita.

—¡Oh, qué lindo cuellecito azulado y blanco! añadió Luisa.

Y Belina señalaba con su dedín las patitas negras.

—¡Mira, mamá, qué manecitas tiene tan moninas!

Y todos se acercaban más para ver mejor á la prisionera, y se estrechaba más el círculo, empujándose unos á otros con infantil alegría.

—¡Papá!, exclamó José que se había puesto pálido, ¡papá, déjala, la van á hacer daño! Y se apartó del grupo con el corazón oprimido y llevando á su falderillo en los brazos, porque no quería ver que le hiciesen daño á la golondrina.

En torno de ese gracioso y conmovedor grupo, bien cerca, y sin embargo, en una región á la que no llegan nuestros pobres ojos, se había formado otro grupo. Mas precisa remontarse un poco más atrás en el relato de mi historia.

Entre José y Luis había un sitio vacío. Julieta hubiera debido ocuparlo..... ¡Julieta, una encantadora niña de exuberante cabellera rubia, de ojos de tan profunda y dulce mirada y de tan deliciosa sonrisa!..... Tan buena, tan amable, tan amante y de un corazón tan delicado, que Dios temió por ella al contemplarla en medio de la triste vida del mundo. Llamó á sus ángeles y les dijo que cogiesen aquella tierna florecilla, más del cielo que de la tierra, y que la trasplantaran al invernadero del paraíso. A los seis años Julieta se puso mala, y un día, después de haber sufrido mucho, su alma tomó alas y voló á lo alto. ¡Oh, cómo quedaron triturados por el dolor el corazón del padre y de la madre!

Reclinaron entre ramos de lilas blancas el cuerpecito, que era lo único que les quedaba, y cuando pasados dos días, hasta el cuerpo les fue arrebatado, les pareció que enterraban con él toda su felicidad sin dejarles resto de esperanza.

Desde entonces para los dos, para la madre sobre todo, no hay dicha cumplida. ¡Los corazones se les van hacia el

cielo, á donde tienen á su pequeñuela!..... ¡Y no obstante..... si supieran!.....

Desde entonces, de día y de noche y sin cesar Julieta vuela en torno de ellos con los ángeles de la guarda de su hermanito y sus hermanitas! ¡Allí está..... ¡Y tan cerca! Mas esta es la triste condición de nuestra humana naturaleza, no poder ver á esos hermosos ángeles, ni oír las dulces palabras que hablan á nuestro corazón, ni sentir en torno nuestro el amor de esas almas queridas que han desaparecido.

Pues bien, esos hermosos angelitos—porque los ángeles ven todo lo que pasa en la tierra—se habían también agrupado en torno de la golondrina..... y, como José, tenían miedo de que le fuesen á hacer mal. Se habían deslizado entre el grupo de niños entreabriendo sus alitas como para protegerlos; miraban los ángeles á Julieta, y la interrogaban en voz baja: ella, inclinada hacia adelante, extendiendo sus bracitos algo temblorosa, los tranquilizaba: ¡Oh, no, no la encerrarán en la jaula, no la harán sufrir..... no la molestarán siquiera!..... Pero con todo, estaba intranquila..... á pesar de su seguridad..... cierto temor vago la asaltaba..... Sus ojos se dirigían á su madre como para suplicarla que se declarase en favor de la cautiva..... ¡Oh, con qué gusto se hubiera apresurado á ponerla en libertad..... y mientras tanto por la incertidumbre se oprimía su corazoncito. Y los ángeles de la guarda deslizaban en el alma de los niños, buenos y amorosos pensamientos. Y Julieta oraba para que Dios no permitiera que ninguno de sus queridos hermanos, de quienes ella respondía, fuera nunca cruel ni malo.

—¡Quizás esta golondrina es la madre—dijo Margarita—y sus crías la esperan en el nido!

—¡Déjala libre, papá, repetía José, déjala, te lo suplico!

Luisa miraba en silencio, pero con sus ojos decía también: ¡Déjala, papá!

—Mamá, exclamó Belina, yo quisiera darle un besito, y apoyó suavemente sobre la negra cabecita del ave sus

labios de rosa. Luisa acarició sus sedosas plumas, lo mismo hizo Margarita, lo mismo José.

Entonces, entre el hueco de las manecitas de Belina, la Benjamina de la casa, se colocó suavemente á la golondrina, y todos los niños corrieron al jardín : allí, en medio del césped, Belina separó las manos..... la golondrina pió de un modo especial, como si diese un grito de alegría, y con rapidez se elevó entre la bruma de la noche y la vimos desaparecer. Belina se volvió sonriendo hacia el padre y la madre, extendiendo hacia ellos sus bracitos.

Los angelitos en el cielo, estremecidas de placer sus alas, se acercaban á Julieta, que estaba radiante de alegría, y con aire de triunfo..... ¡ Ah, no os lo decía yo ! ¡ Estaba tan segura ! ¡ Son tan buenas mis hermanas ! ¡ Mi hermanito tan bueno !

Y oprimía al decir esto con sus manecitas su corazón, como para reprimir su gozo. Después una idea feliz se le ocurrió á uno de los ángeles, y todos emprendieron su vuelo hacia la Santísima Virgen.

Cuando María vio venir á sus ángeles y en medio de ellos á Julieta, al contemplarlos tan dichosos, hizo como que no sabía nada, y les interrogó. Los angelitos se miraron unos á otros como para preguntarse quién había de hablar. Pero la Virgen, que lo había visto todo, quiso que hablase Julieta. Entonces, sumamente conmovida, pero con santo orgullo, Julieta contó la historia de la golondrina. María escuchaba sonriendo á la pequeñuela, escuchaba los nombres que Julieta repetía : Margarita, José, Luisa, Isabel, y á través de las nubes, sus miradas bajaban hasta aquellos ángeles de la tierra. Cuando Julieta acabó, María alargó la mano, la tomó sobre sus rodillas, y estrechándola en sus brazos le dio un beso en la frente. Y mientras que la Virgen besaba á la niña, una bendición de Dios descendía del cielo y envolvía la granja de *Quitapesares*.

¡ Oh, qué regocijo tan grande se advertía en el nido de la golondrina !

Los gorriones ya no piaban, los murciélagos eran cada vez más numerosos y ella no había vuelto todavía.

De repente un grito : ¡ Aquí estoy !, y la madre entraba en el nido en donde se asomaban todas las cabecitas.

¡ Madre ! ¡ Madre !, gritaban los pequeños y se empujaban para acercarse más y estrecharse con ella.

—¿ En dónde has estado, pues ?, le preguntó el padre, ocultando su gozo para poder reñirla un poco, echándola de hombre. ¡ En qué angustia nos has tenido ! ¡ Le parece á usted bien estar fuera de casa á estas horas ?

—Dejadme que cobre un poco de aliento, y todo os lo contaré, replicó ella.

Después, cuando se calmó su corazón y pudo respirar libremente, lo refirió todo..... Los golondrinillos se estremecían. El padre, espantado, al pensar el riesgo que había corrido su malaventurada compañera, dulcificó su actitud y suavemente con el piquito le fue alisando sus plumas y acariciando su frente todavía muy dolorida.

Cuando hubo concluído la narración : “ Demos gracias á Dios, dijo el padre, y á dormir, porque ya es muy tarde ! ”

Y todos, cubriendo sus cabecitas con sus alas, se hicieron un ovillo en el fondo del nido y trataron de conciliar el sueño.

Pero el sueño no venía para el padre ni para la madre, y varias veces antes de que empezase á rayar el alba, en voz baja para no despertar á los pequeños, él la interrogaba de nuevo, y ella ya de una manera, ya de otra, tuvo que repetir la aterradora historia.

Los gorriones no piaban ya, los murciélagos eran cada vez más numerosos, mas la felicidad había vuelto al nido de golondrinas.

La mañana siguiente, al despuntar el día, en la balaustrada del balcón de mi cuarto, tan cerca de mí, que hubiera podido cogerlas, vi seis golondrinas..... El sol extendía sus primeros rayos por encima de los collados y daba cambiantes de oro á las negras y azuladas plumas de aquellos pajarillos que cantaban alegres su monótono y gracioso chapurreo de notas.

Toda la nidada había dado gracias á Dios la víspera :
¿Venían por ventura ahora á dar gracias á los moradores
de *Quitapesares*?

Así me pareció.

Cuando me fue forzoso partir, alejarme de aquella casa
hospitalaria, entre tan dulces recuerdos como llevaba, yo
guardé el de esta historieta ; y por eso no llamo á aquella
elegante *Villa* la granja de *Quitapesares*, sino la granja de
las golondrinas.

P. VÍCTOR VAN TRICHT

CORRESPONDENCIA INEDITA

DEL BARÓN ALEJANDRO DE HUMBOLDT

CON EL DR. JOSÉ MANUEL RESTREPO

Recientemente se ha publicado en París un interesante
libro titulado *Lettres américaines de Alexandre de Hum-
boldt*. Contiene las cartas del sabio geógrafo referentes á
América, escritas entre los años 1798 y 1807. Viene des-
pués un apéndice con la correspondencia de Humboldt,
sobre el mismo asunto hasta 1826. El autor de la compi-
lación es el Dr. E. T. Hamy, del Instituto de Francia.

En el rico archivo del Dr. José Manuel Restrepo, con-
servado por sus nietos con religiosa veneración, existen
dos cartas autógrafas de Humboldt, que no figuran en la
obra de Hamy. Debemos la satisfacción de publicarlas
hoy á la benevolencia de nuestro estimado amigo el Dr.
Eduardo Restrepo Sáenz. Las cartas, además del interés
que tiene todo lo que viene de un grande hombre como
Humboldt, revelan en él al varón humilde que desconfía
de su propia ciencia, que duda, que interroga ; muestran
el interés que tenía por nuestra Patria, la idea altísima
que se había formado de los colombianos ilustres de aque-
lla época ; y son esas cartas dos hojas de laurel añadidas
á la corona del Secretario de Bolívar, del historiador de
Colombia.